

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Isaías 43, 16-21): *Mirad que realizo algo nuevo.*

Salmo (125, 1-2ab.2cd-3.4-5.6): *«El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres»*

2ª lectura (Filipenses 3, 8-14): *Sigo corriendo para alcanzar la meta.*

Evangelio (Juan 8, 1-11): *Anda, y en adelante no peques más.*

Los desafíos o retos forman parte de nuestro paisaje cotidiano. No son ni buenos ni malos. Unas veces son con buena intención y otras son provocaciones con intenciones segundas o incluso perversas. Están los desafíos normales y los propios de la edad: El niño reta a otro niño a correr más o a lanzar más lejos la piedra; el adolescente reta a otro de su edad cuando se pavonea ante las chicas; los deportistas y los clubes de alto nivel se desafían en la competición; los alumnos son provocados por el profesor para que profundicen o avancen en una tarea; los arquitectos o ingenieros se enfrentan ante el desafío de lo nuevo y arriesgado.

Jesús, estando un día enseñando en el templo de Jerusalén se encuentra en medio de una situación compleja: han sorprendido a una mujer en adulterio. Le desafían y él mismo se atreve a desafiar a quienes lo provocan. El asunto es fundamental, pues más allá del pecado grave que ha cometido la mujer, Jesús sabe que le está buscando a él. El pecado de la mujer, en este caso es una excusa para tener de que acusarlo. Si acepta el veredicto de los fariseos, la mujer debe morir apedreada. Si se niega, Jesús desobedece la ley de Moisés.

El reto es mirarse a sí mismo. Una vez más Jesús no entra en el juego de los fariseos, sino que a su vez les contesta algo que les hace mirar a su interior: *«el que esté libre de pecado que tire la primera piedra»*, que es lo mismo que decir: *“todos vosotros tenéis mucho que ocultar y callar y os atrevéis a juzgar a los demás”*. El texto añade que, empezando por los más ancianos, todos salieron del lugar. Es así: si no nos atrevemos a mirar nuestro interior, **¿cómo nos atrevemos a ser duros con los demás?**

Este episodio fue incluido tardíamente en texto del Evangelio de san Juan y algunos manuscritos de los primeros siglos no lo incluyen. En las prácticas de los primeros cristianos se habían confeccionado catálogos de pecados considerados especialmente graves, que solo se perdonaban mediante penitencia pública y una sola vez en la vida. En contra de las enseñanzas de Jesús de condenar el pecado y amar al pecador.

Hay que alegrarse de que, al menos una vez, se oiga la narración moral de un hecho inmoral, sin el habitual *“morbo enfermizo”* con que se suele presentar estos temas. Una cosa es la información objetiva de un hecho en sí mismo inmoral, y otra es la información inmoral de un hecho malo o bueno. Se trata de un hecho morboso tratado a puertas abiertas y a Jesús le piden decidir entre la aplicación de la ley o de la misericordia: **¿Ejecución o absolución?**

Según la ley esa mujer debe morir. Pero Jesús ha venido a cumplir la ley perfeccionándola desde la exigencia del amor y, según esta nueva perspectiva, esa mujer debe vivir. A la mujer le dice: *«Yo no te condeno, pero no peques más»*. No se trata de minimizar la falta porque el pecado existe; ni de absolver globalmente sin explicar la sentencia para orientación de las conciencias.

No es declaración de inocencia; no es sentencia exculpatoria sino absolutoria. Condena el pecado y absuelve al pecador, regla de oro y principio de orientación de la conducta práctica para el cristiano porque vincula el perdón del pasado con el futuro de una vida nueva. El Evangelio es, por tanto, inspirador del verdadero humanismo que debe basarse en la comprensión y amor.

Jesús no dice que lo que ha hecho la mujer no es importante. Jesús no la juzga y le dice que no vuelva a caer en su pecado. Misericordia sí, pero invitándole a rehacer su vida. El texto hace que volvamos nuestra mirada sobre nosotros mismos: no solo si somos severos con los demás, sino también si estamos dispuestos a ser misericordiosos con ellos como lo es Jesús. En un mundo duro y severo el desafío cristiano es precisamente este: ver a los demás con ojos de misericordia. Lo fácil es juzgar o emitir juicios severos; pero los cristianos sabemos que Jesús busca salvar a la persona y devolverle su dignidad de hijo de Dios.

La existencia del mal es un hecho presente y controlable que nunca podrá ser explicado como un hecho sin autor. Todo mal tiene una causa y en ella puede encontrarse uno como autor o coautor. La respuesta de Jesús es sumamente instructiva: Existen estructuras de pecado pero no coaccionan a nadie a ser pecador.

También manifiesta un principio de desigualdad: Le presentaron una mujer. **¿Dónde estaba el hombre?** No puede establecerse dos morales, una permisiva para los fuertes que pueden permitírselo todo y otra rígida para los débiles a los que no se tolera nada. En la pequeña parcela del mundo individual tiende cada uno a ser indulgente consigo mismo hasta el exceso y duro con los demás.